

por la vida; ese Spencer, quien, proclamando el principio de la permanencia eterna de la fuerza, la desarrolló luego en evoluciones incesantes, sin término y sin fin, cometa más amenazador á la idea cristiana que todo el hegelianismo germánico; ese Lewes, para quien la psicología toda entera se reduce á una simple fisiología, y la moral á una higiene, el pensamiento á una secreción del cerebro, secreción que debe destruir metafísicas y religiones, como si fueran grandes telarañas, en cuyos pliegues oscuros se halla prendida como una mosca, la verdad; todos esos pensadores sin exceptuar á Mill, admirador del positivismo, esa teoría destructora de todos los principios transcendentales; todos esos pensadores, sin excepción alguna, concluyen por descomponer el Cristianismo británico de igual suerte que los filósofos antiguos descompusieron á una con sus sistemas varios, el Paganismo heleno y el Paganismo romano. Sin embargo, esa ciencia, con todo su poder, con toda su fuerza, con el esplendor que le presta la copia riquísima de sus ideas, no puede sustituir, no, lo mismo que trata de derribar. Spencer lo confiesa paladinamente, cuando dice que su primer principio de la fuerza y de la energía se halla envuelto en misterios tan oscuros como el primer principio creador, que anima y preside, á todo el Universo. Después que hayáis demostrado la unidad química de la materia y la hayáis reducido á oxígeno puro en su esencia; después que hayáis visto la inmanente perpetuidad de la fuerza y hayáis sacado de ella el movimiento, el calor, el magnetismo, el éter; después que hayáis mostrado cómo todas las estrellas provienen de la primera nebulosa difusa en la inmensidad de lo infinito, el cual por todas partes nos penetra; después que hayáis podido comprobar cómo el dolor y la muerte se dilatan hasta donde se dilata el hombre y la vida; después que hayáis retrasado millones y millones de siglos los orígenes de nuestro planeta; no habréis podido, no, destruir el sentimiento religioso que permanecerá tan fuerte, intenso y puro, como después que Copérnico redujo nuestro planeta, centro del Universo en los conceptos antiguos, á merò satélite del sol; como después que Galileo probó con el péndulo en la mano el movimiento triunfal de la tierra por los espacios; como después que Newton explicó la gravedad universal: pues, según se dilatan los horizontes de la ciencia, crece la idea de Dios en los profundos senos del alma y necesariamente se impone una religión universal.

No puede negarse que, así como el luteranismo ha engendrado las Iglesias oficiales, tanto aristocráticas como también monárquicas, en Alemania é Inglaterra, el calvinismo ha engendrado las Iglesias republicanas de Holanda, Suiza, Escocia y los Estados-Unidos. Calvino influyó en Knox de un modo soberano; Knox influyó en Escocia; Escocia influyó en Inglaterra; é Inglaterra, bajo el ideal de estos dogmas, conocidos con el nombre de dogmas puritanos, ó presbiterianos, fundó su fugaz República de Cromwell, la cual, una vez concluida y terminada, emigró con los peregrinos, transportados en la *Flor de Mayo*, á las tierras de América, implantando allí, aquellas instituciones progresivas, todas las con-

secuencias naturales del gran movimiento democrático cristiano, que parecía extinto en la hoguera de Savonarola, donde creyó consumirlo para siempre la ciega imprevisión de los Pontífices. Hemos reconocido como uno de los caracteres del Protestantismo británico ahora la descomposición interior, por virtud y eficacia del pensamiento libre individual, en sectas innumerables y múltiples; pues aunque las Iglesias presbiterianas aparenten más rigor dogmático y religioso que las otras Iglesias protestantes, no puede, no, desconocerse cómo abren, por su propia naturaleza é índole íntima, vado, mayor aún, á la libertad del pensamiento. Aquella Iglesia episcopal británica, tan fuerte de suyo por su organización y por su historia; tan rica en copia de bienes, donativo de la nueva Monarquía cuasi eclesiástica fundada por Enrique VIII; con sus dos grandes jefes, cuyas rentas recordaban las rentas antiguas de los arzobispos toledanos; con tanto poder y tanto prestigio, no ha podido impedir la división del clero político y oficial en la Iglesia baja y alta; en ritualismo, que frisa con la liturgia católica, y en unitarismo que frisa con las escuelas racionalistas; no ha podido preservarse de que unos fieles vayan á Canossa en busca de un retroceso-monástico, mientras otros fieles, por la grande latitud de sus interpretaciones, al cristianismo liberal y progresivo; no ha podido impedir que los metodistas fundaran una nueva clerecía como los baptistas, las cuales dan á tal congregación religiosa y á sus semejantes el aspecto de una sociedad organizada con su Estado propio; no ha podido impedir ni los puritanos, ni los presbiterianos, ni los kuáqueros, ni los moravos, ni los adventistas, que aguardan ver cómo se rasgan las nubes del cielo y descende por segunda vez el Crucificado á la tierra; ni los universalistas, quienes, reproduciendo la doctrina de Orígenes, aguardan á que la sangre del Calvario apague las llamas del Infierno y Luzbel recobre su perdida hermosura en la venidera redención angélica; ni los cristadelfos, enemigos de la Trinidad y autores de un futuro reino de Jerusalén, ciudad divina en la tierra; ni tantos otros fieles de dogmas diversos y aun contradictorios, como pululan por tierras protestantes, mostrando la irremediable descomposición del Protestantismo. Los caracteres de las Iglesias calvinistas son universalmente conocidos. Lo mismo en Suiza que en Holanda, lo mismo en Holanda que en Escocia, el calvinismo toma una verdadera organización republicana. Ninguna jerarquía por consiguiente; ningún obispo ni prelado: culto espiritual y espiritualista, que lo fía todo á la predicación y al cántico; observancia rigorosísima de los domingos, consagrados á sermones más bien morales que teológicos, y á salmos dichos en coro; comunión bajo las dos especies de pan y vino, que conmemora la última Cena del Salvador con sus discípulos; grandes Consistorios, en los cuales el régimen representativo, con sus asambleas deliberantes, se organiza y arraiga; extensión del sacerdocio á todos los fieles; tendencias verdaderamente democráticas y republicanas. Así, no puede negarse, cuando en la Historia se tocan las consecuencias del calvinismo, que ora fuese por sus guerras con los monarcas de Francia, Inglaterra, Sabo-

ya, España y Alemania; ora fuese por haberse concentrado en las ciudades helvéticas y por haber sostenido el principio de la República democrática y liberal en Holanda contra todo el poder de Felipe II y sus invencibles tercios: ora fuese por haber animado con su espíritu el régimen establecido por Cromwell; ora por haber pasado con los peregrinos al territorio de América, donde tanto el kuáquero y el presbiteriano contribuyeron al desarrollo de la democracia y al establecimiento de la República; ¡oh! esa Iglesia calvinista representa el Cristianismo democrático, el Cristianismo progresivo, el Cristianismo armonizable con las instituciones modernas, el Cristianismo que hace del Evangelio un código social de libertad y de paz, en consonancia con todos los principios progresivos modernos, fuerte garantía y áncora de todos los humanos derechos.

No puede negarse que la religión calvinista lleva en su seno, sin quererlo y sin saberlo, el unitarismo creencia cristiana, que niega sin embargo de ser cristiana la sobrenatural divinidad de Cristo. ¿Quién le hubiera dicho á Calvino, cuando perseguía de muerte á Servet, y lograba condenarlo, y consumirlo en las hogueras, que la doctrina de Servet había de hallarse, como una consecuencia natural y lógica, en el fondo de todo su calvinismo? Ya sabemos que la Iglesia calvinista, lo mismo en Suiza que en Escocia, se ha opuesto á la Iglesia unitaria con todas sus fuerzas, y ha fulminado sobre su cabeza rayos de cólera, extremando en su contra las persecuciones religiosas. Ya sabemos que los presbiterianos británicos, muy especialmente los escoceses, cuando han tenido el gobierno á su disposición, se han holgado en perseguir y exterminar á todos los representantes de la doctrina unitaria. En el conjunto de disposiciones decretadas por Orange, después de su victoria, por Orange calvinista y presbiteriano; en aquella Carta Magna de la libertad religiosa como la llaman los ingleses, negábase todo derecho y toda tolerancia, tanto á los que creyeran por un extremo en la autoridad del Papa, como á los que no creyeran por otro extremo en la divinidad de Cristo. Así, resultan siempre las instituciones sociales enemigas implacables de las consecuencias inmediatas que llevan en su seno. Al revés de lo sucedido en el mundo animal, donde los padres aman generalmente con pasión á sus hijos, sucede por una contradicción extraña en el mundo social, donde aborrecen los padres á los hijos y los hijos á los padres. Aborreció la Sinagoga á la Iglesia; la Iglesia al Luteranismo; el Luteranismo al Calvinismo; El Calvinismo al Unitarismo. Calvino, insistiendo mucho en la naturaleza humana de Cristo, preparó, sin quererlo y sin saberlo, aquella Iglesia unitaria que debía negar la naturaleza divina de Cristo. Servet, Valdés, Socino, aparecen como pensadores aislados que resucitan, ora en toda su desnudez el arrianismo condenado por el Concilio de Nicea, ora el dogma trascendental de la trilogía ó Trinidad, no según lo entendía el Cristianismo en todas sus manifestaciones, sino según lo entendía el neo-platonismo en todas las escuelas alejandrinas. Sea esto lo que quiera, encuéntrase la raíz principal del movimiento unitario en el puritanismo británico. Enton-

ces nace verdaderamente la Iglesia, que alza la idea de Dios á inaccesibles alturas metafísicas y que ve á Cristo como un hombre, de suyo empapado en la luz divina, y no como un Dios, segunda persona de la Trinidad Santísima: dogma negado por esta Iglesia, que vuelve al monoteísmo senítico y prescinde por completo de toda la metafísica indo-europea contenida en la Cristología tradicional y ortodoxa. Corría el año 1648; legislaba el largo Parlamento, cuando apareció el germen de las doctrinas anti-trinitarias en varios conventículos de Londres. Bien pronto estas ideas encontraron intérprete inspiradísimo en la persona de Biddle, maestro insigne de Oxford, y que dedujo el unitarismo, no de los Socinianos españoles é italianos, del culto al Evangelio y á la Biblia. Expulsáronlo de su cátedra por escandaloso; recluyéronlo en las prisiones reservadas á los más empedernidos malhechores y tuvo medios todavía de publicar dos tratados, en que negaba la divinidad de Cristo y la existencia del Espíritu Santo. Ardieron sus obras en las hogueras, atizadas por los presbiterianos, demócratas poseídos de la inquisitorial intolerancia de su siglo, á cuyo sentido sólo se sobreponen los espíritus elevados, cumbres altísimas, en las cuales reverbera la luz divina de los nuevos días del progreso. El dogma de la humanidad de Cristo fué atacado por leyes parlamentarias, que contenían penas gravísimas. El destierro siguió á la prisión; y Biddle dió consigo en apartadas islas. Cuéntase del Protector que lo defendió cuanto pudo de la intolerancia puritana, y que le mandó mil veces socorros sacados de su propio peculio. Pero lo cierto es que murió el fundador de la Iglesia unitaria en mísera cárcel, dejando tras sí, como todos aquellos defensores desinteresados de una idea, gran número de adictos y de discípulos y de sectarios. Los tres nombres más ilustres del siglo décimo séptimo pertenecieron á la Iglesia unitaria: Milton, el primer poeta inglés, cuyos versos componen uno de los más bellos esmaltes en la corona espléndida é inmortal de la literatura británica; Locke, fundador con Bacon de la filosofía inglesa; Newton, aquél á quien le revelara el cielo sus más preciados secretos, intérprete maravilloso de la gravedad universal. Para esta escuela, Cristo no ha entrado en el mundo entre las aleluyas y hossannas de los ángeles, ni ha visto llegar á su cuna los Reyes del Oriente mágico guiados por la mística silenciosa estrella; los mares de Galilea no se han serenado bajo sus plantas, ni las piedras del desierto se han convertido en pan al eco de su palabra; en su muerte, ni se han partido de dolor las piedras, ni se han cubierto de luto las alturas, continuando la indiferencia del Universo por los dolores humanos; y ya en su sepulcro, ni ha sentido volver el calor de la sangre á sus venas, ni se ha levantado por la resurrección hasta trasfigurarse con las metamorfosis sobrenaturales propias de un Dios en las cimas sublimes del Tabor: santo, sí, tres veces santo, ha sostenido la más pura moral con su palabra y con su ejemplo; ha condensado las ideas exhaladas por las orillas del Jordán llenas de Profetas en sus sublimes labios; ha orado en los senos de los desiertos y en las cimas de los montes para pedir á Dios sus revelaciones y sus confianzas; ha co-

municado su vida en la virtud, en la predicación; y ha muerto por su idea, siendo así, no el Redentor único, pero sí de esos predestinados á idealizar la vida y á veces el espíritu creador y divino, al seno de nuestra misera humanidad y á las tinieblas de nuestro tenebroso planeta.

El movimiento teológico, determinado por el unitarismo, no podía detenerse tan solo en los límites de su Iglesia, necesitaba salir de ella, y llegar á mayores y más elevadas consecuencias. Así, se talló dentro de las escuelas monoteístas una doble impulsión, que llevaban de suyo á muchos judíos por una parte y á muchos cristianos por otra, en alas de las nuevas ideas, á un teísmo verdaderamente universal y sublime. Los judíos quitaban á su religión el carácter de nacional y exclusiva; perdían ellos mismos aquella supremacía de tribu sacerdotal y religiosa que por tanto tiempo se arrogaran en la Iglesia; desasíanse del Thalmud, equivalente á nuestra patología; elevaban á una en espiritual montaña de Sión divino templo al Jehová espiritualizado y universalizado por la humana conciencia, mientras los teístas, por su parte, quitaban á Cristo y á su personalidad singular el carácter profético imputado por los unitarios: ponían su nombre junto á nombres tan dispares del suyo como Shakespeare y Voltaire; fundando luego un culto, en el que á las meditaciones profundas y silenciosas, por los acordes sublimes del órgano acompañadas, seguíanse arengas científicas y morales, ó lecturas de libros como Vedas, Confucio, Manón, Moisés, Sócrates, Platón, Descartes, componiendo así, frente á frente del libro divino de la tradición religiosa, la Biblia universal del humano linaje. ¡Qué poema, Dios mío, la epopeya del puritanismo! Aquellos pueblos cristianos de la Edad Media, que se levantaban al grito de «Dios lo quiere»; y tomando la cruz roja en su pecho, la espada en su cinto, la lanza en su mano, se iban por los desiertos al acaso, en busca del sepulcro de Cristo, y sólo encontraban el sepulcro de la feudalidad y la raíz de las comunidades; todos aquellos pueblos, decía, no han hecho cosa tan grande como la cumplida por los peregrinos de la *Flor de Mayo*, quienes, lanzándose á las olas para huir de la intolerancia religiosa, encontraron, al término de su viaje, allá en las selvas vírgenes de la joven América, los altares propios del Dios de la libertad, á cuyo calor y á cuya luz en el Nuevo Mundo se cuajaron la democracia y la República, esas dos grandes cristalizaciones cristianas. No sé quién dijo: ¡bendita culpa la culpa de Adán, que pidió y trajo la venida de Cristo! Pues persecuciones bienhadadas las persecuciones de Isabel I y de Jacobo I de Inglaterra que trajeron la peregrinación puritana, y con la peregrinación puritana el establecimiento y el desarrollo de la República y de la democracia en el Nuevo Mundo. Comenzó el puritanismo en tiempo de Isabel, por una protesta contra el espíritu anglicano, que sustentaba la liturgia y la gerarquía bajo el Protestantismo. Al calor de tal protesta desarrollábanse con energía los principios religiosos del calvinismo y sus consecuencias republicanas. La última Tudor y el primer Estuardo calcularon todas las consecuencias contrarias á la

religión oficial y al Estado monárquico existentes en la doctrina puritana, y la proscribieron, obligándola, mal de su grado, á refugiarse allá en Holanda, en Leyden, donde habían oído decir que pertenecía por derecho á todos la libertad religiosa. Más tarde tomaron de la realeza tradicional é histórica bien cruento desquite con la inmolación de Carlos I. Dígase cuanto se quiera del rigor extremo calvinista, no puede negarse que contenía los gérmenes de un gobierno libre, y que haciendo al sacerdote un delegado de los fieles, constituía el sufragio universal religioso y la verdadera República cristiana. Al mismo tiempo, en la época de la independencia, los Estados-Unidos, para conseguir que todas las sectas se unieran contra la metrópoli, abolieron la religión del Estado, separaron todos los elementos religiosos de todos los elementos oficiales, dando así la fórmula indudablemente más luminosa que puede hoy entreverse para la democracia universal en los celajes resplandecientes de su dichoso porvenir.

El puritanismo americano fué á dar en la Iglesia unitaria también. Esta Iglesia tuvo un predicador extraordinario en el gran apóstol Channing, quien, reduciendo el Cristianismo á sus dogmas y verdades más racionales, hizolo verdaderamente progresivo; y exaltando el criterio puro de la razón individual, preparó la concordia del saber humano y de la revelación divina, de la fe y de la filosofía, en feliz y no remoto porvenir. El gran predicador anglo-sajón, á cuyo nombre tantas obras humanitarias hoy en el agradecimiento de la Historia, se unen, apartó las nieblas del mundo, que habían puesto como un sudario sobre la Iglesia de los espíritus, y exaltando la razón humana, último extremo de la Creación divina, encontró en ella, en ese inmenso libro espiritual, mayor número de verdades escritas que en todos los libros tradicionales y litúrgicos. Mas, el unitarismo puro tenía dos defectos graves: sus propensiones demasiado semíticas y su olvido de toda la ciencia helénica, cuya esencia y sustancia se halla en armonía tan grande con dos principios fundamentales, que son cuasi congénitos á todas las razas arias. Mas, por completar el unitarismo de Channing, llegó, como enviado del cielo, el transcendentalismo de Parker y Emerson, éste un profeta y aquél un tribuno, ambos á dos idealistas, pero no de un idealismo que se quedase aislado en las cumbres del alma; sino de un idealismo que transcendía por su propia y natural virtud á todas las grandes realidades y á todos los múltiples seres del infinito universo. A la idea de Dios, que siente nuestro corazón, que adivina nuestra inteligencia, que piensa nuestra razón pura, corresponde la realidad absoluta del Sér Eterno y Supremo: toda la naturaleza resulta una epopeya, en cuyos cánticos las cosas inertes y materiales hállanse animadas por ideas que parecen sus almas vivas; y así como á nuestro sentimiento religioso corresponde un templo, que cimentando sus bases en la tierra, boga por los cerúleos espacios del misticismo etéreo; y así como al sentimiento estético responde la estatua, el cuadro, la lira, el arpa, el himno, todos esos ideales realizados y esplendurosos; á nuestros conceptos primeros del bien, de la verdad, de la hermosura, corres-